



Perfiles



Veneranda Bátiz Paredes: allanando el camino de las mujeres sinaloenses

Rigoberto Rodríguez Benítez

Cuando Veneranda Bátiz Paredes decidió inscribirse en la carrera de Farmacia en el Colegio Civil Rosales, ella ignoraba que estaba marcando un parteaguas en la formación académica y en el sector laboral de las mujeres sinaloenses. Al graduarse como Profesora en Farmacia, el 26 de enero de 1910, se convirtió en la primera mujer egresada del Colegio Rosales con un grado de licenciatura, abriendo camino para que más mujeres se atrevieran a secundarla como estudiantes y profesionistas en el área de la salud y, más tarde, en otras disciplinas científicas, técnicas y humanísticas. Hasta ese año que marca el inicio de la Revolución mexicana —la tercera transformación en la vida pública de México, de acuerdo con la narrativa actual— se habían graduado 18 maestras, carrera que se cursaba al término de la educación elemental. La carrera de Maestra o Preceptor de Instrucción Primaria— nombre oficial de entonces— no requería la aprobación de cursos de secundaria y preparatoria exigidos en el resto de las carreras profesionales ofrecidas en el Colegio, como Leyes, Ingeniería y Farmacia.

Si la apertura a las mujeres sinaloenses en el terreno académico y profesional es ya una gran aportación de Veneranda Bátiz Paredes, sus logros en el terreno empresarial, filantrópico y humanístico; así como la formación de una sólida familia, amante del conocimiento, del emprendimiento y de la solidaridad; elevan aún más su relevancia como una universitaria y ciudadana ejemplar.

Es necesario mencionar que la información sobre la vida y obra de Veneranda Bátiz Paredes que aquí se expone es producto de una investigación apoyada por la UAS, a través de la Coordinación de Investigación y Posgrado, y sugerida por el doctor César Abelino Ordorica Falomir, lamentablemente ya fallecido. Este trabajo de investigación permitió la publicación del libro *Veneranda Bátiz Paredes. Primera farmacéutica del Colegio Rosales, 1910* (UAS/Colegio de Historiadores de Sinaloa, A. C.), autoría de Mario César Islas Flores y de quien esto escribe. El objetivo de esta empresa, en el marco de los festejos del Centenario de la Revolución mexicana, fue visibilizar otros procesos, más allá de los políticos y militares, como la irrupción de la mujer en la esfera pública y su naciente empoderamiento en los campos de la educación y el sector salud.

En 1902, el año en que Veneranda Bátiz Paredes se registró en el Colegio Civil Rosales, México padecía el azote de la peste bubónica y años antes había sufrido los efectos de la fiebre amarilla. En ese tiempo, donde las epidemias golpeaban inmisericordemente a la población sinaloense, las políticas públicas federales favorecían la fundación de instituciones educativas y de investigación en ciencias de la salud, así como la apertura de centros hospitalarios. En esta coyuntura histórica, las mujeres adquirieron una mayor relevancia en tareas educativas y de salud, trascendiendo su campo de actuación tradicional en el hogar.

También debemos señalar el papel decisivo que jugaron Juan de Dios e Isabel, padre y madre de Veneranda, inculcando el amor por el estudio y el trabajo en sus hijos, sin distinción de género. Asimismo, el Colegio Rosales no imponía ninguna traba para que hombres y mujeres iniciaran sus estudios preparatorios y prosiguieran con una carrera profesional.

En ese escenario, Veneranda presenta exámenes extraordinarios de inglés, matemáticas y español, obteniendo las más altas calificaciones. Por cierto, uno de los sinodales fue su futuro esposo Enrique Peña Alcalde, en el año de 1903. Al verano siguiente, Veneranda acreditó los cursos de matemáticas, inglés, francés, español y taquigrafía, alcanzando de nuevo la más alta calificación en cada una de esas materias. Como dato curioso, esa calificación se abreviaba como PB (Perfectamente Bien).

Durante el primero y el segundo año de estudios, Veneranda confraterniza con estudiantes, maestros, directivos del Colegio, autoridades estatales y municipales. En 1904, la prensa registra las fiestas cívicas conocidas como «carnestolendas» y entrega de reconocimientos a personajes públicos de la academia y de la política, como el Dr. Ruperto L. Paliza, director del Colegio Rosales, y el gobernador Francisco Cañedo. Uno de los cronistas de esas festividades describía a las jóvenes mujeres como bellísimas, adorables, dulces, hermosas y de ensueño. Veneranda destacaba en ese «jardín de esplendorosa floración».

Durante los próximos dos años, Veneranda bajó ligeramente su rendimiento académico, sin dejar de ser envidiable. En 1905 acreditó los cursos de Raíces Griegas, Geografía, Inglés y Física. El verano siguiente, los de Historia General, Historia Patria,

Moral, Lógica y Literatura, obteniendo calificaciones de PB y MB (Muy Bien).

En sus años preparatorianos y universitarios, Veneranda conoció y convivió con estudiantes y profesores que luego alcanzarían renombre en la cultura y en la política. En los pasillos del Colegio se tropezaba con varones de apellido Rojo, Chávez, Cota, Martínez de Castro, Velázquez e Inzunza, así como con compañeras de las familias Paredes, Uzeta y Ocaranza. Cabe mencionar que uno de esos colegas sería José G. Heredia, quien se graduaría de abogado y en 1926 publicaría *Bibliografía de Sinaloa*, mientras fungía como senador de la República. Entre sus maestros se destacan los nombres de Ramón Ponce de León, Ruperto L. Paliza, Epitacio Osuna, Luis F. Molina, Francisco Verdugo Fálquez, Ignacio M. Gastélum, Julio G. Arce, Carlos Filio y Gil M. Gutiérrez. Todos ellos ahora dan nombre a calles de Culiacán.

En otoño de 1906, la hora de decidir una carrera profesional había llegado y optó por la de Farmacia. De esta manera contribuiría a resolver problemas de salud pública. El primer año de su carrera sería durísimo, pues junto a sus primeros cursos de farmacia tendría que acreditar los del bachillerato especializado.

Al igual que en 1906 cuando presentó exámenes de siete cursos, el año de 1907 fue muy demandante, ya que tuvo que someterse a evaluación de seis cursos. Los de Raíces Latinas, Psicología, Botánica y Zoología correspondieron al bachillerato especializado; los de Farmacia y Análisis Químico a su carrera profesional.

El último año de sus estudios profesionales fue mucho más tranquilo. El verano de 1908 acreditó su segundo curso de Farmacia y el de Historia de las Drogas, al que se le sumaban los contenidos de Economía y Legislación Farmacéutica. Ella y su único compañero de carrera, Manuel Páez, tuvieron como sinodales a Canuto G. Jiménez, Gil M. Gutiérrez y Julio G. Arce. Como en todos los cursos de los dos últimos años, los sinodales reconocieron que la joven alumna había respondido perfectamente sus evaluaciones. Ahora tendría que cubrir dos años de práctica y presentarse a examen para alcanzar el grado de profesora Farmacéutica.

En ese periodo, Veneranda se relacionó con compañeros que a la postre serían universitarios

ilustres como el ya mencionado Manuel Páez, Genaro Estrada y Baltazar Izaguirre Rojo. Valga recordar que Manuel Páez fue propietario de una botica y de un laboratorio de análisis clínicos y ocupó el cargo de gobernador de Sinaloa de 1933 a 1935. Por su parte, Genaro Estrada, hombre de letras y de leyes, fue embajador en Europa y secretario de Relaciones Exteriores, acuñando la doctrina diplomática que a la postre lleva su nombre. En tanto, Baltazar Izaguirre Rojo fue literato y médico, y escribió una emblemática biografía sobre Rafael Buelna, *El Granito de Oro*.

El periodo formativo de Veneranda concluyó con su titulación los días 25 y 26 de enero de 1910, cuando fue sometida a un examen teórico y a otro práctico por los profesores Julio G. Arce, Canuto G. Jiménez y su discípulo Manuel Páez, según nos informa Leonel Rodríguez después de hacer una investigación sobre las tesis de Química en los primeros cien años de la UAS.

De esa forma, correspondió al gobernador Diego Redo extenderle el título a la flamante nueva farmacéutica. Un año más tarde contraería nupcias con Enrique Peña Alcalde e iniciaría una vida dedicada a la academia y la familia.

En los registros del Colegio Rosales se puede leer su nombre como sinodal en el proceso de titulación como profesoras farmacéuticas de las hermanas Rosario y María Paliza, en mayo de 1913. Asimismo, consta en los archivos de la UAS el nombramiento que le extendió, el 19 de noviembre de 1917, el Gobernador Ramón F. Iturbe que dice: «En virtud de las facultades que me concede la Ley de Instrucción Pública, el ejecutivo de mi cargo nombra a Ud. Catedrática de las asignaturas de II Curso de Historia de las Drogas y Análisis Químico en el Colegio Civil Rosales». Así iniciaba Veneranda una fructífera carrera académica, formando y graduando a las y los farmacéuticos y químicos farmacéuticos que Sinaloa requería para preservar, extender y elevar la calidad de vida de sus ciudadanos.

Un recuento de su actividad docente nos señala que, al finalizar la segunda década del siglo XX, dicta cátedra en materias tales como Historia de las Drogas Simples y Origen Vegetal, Análisis Químico Cualitativo y Cuantitativo, Química Médica Orgánica, Farmacia y Química General Inorgánica. Al iniciar la década de 1920, sumaba a su cátedra



las materias de Análisis de Bebidas y Comestibles, Farmacia Galénica, Química Legal y Legislación Farmacéutica, Microbiología, Botánica, Zoología, y Anatomía y Fisiología Humanas. Una década más tarde, de 1930 a 1934, agrega nuevas experiencias docentes en Toxicología y Química Mineral Aplicada a la Farmacia. Los dos últimos exámenes en los que participó fueron durante 1934 en la asignatura de Historia de las Drogas. Su hija María del Refugio fue una de sus alumnas.

Después de su experiencia inicial con las hermanas Paliza, Veneranda continuó graduando químicos farmacéuticos. Algunos ellos fueron Juan B. Ruiz, Tomás Moncayo, José María Cota, Miguel Carreón y Amado Blancarte. Este último llegaría a ser rector de nuestra Universidad. En 1929, año del inicio de la crisis económica mundial, graduó a Refugio Murillo. Ya en la primera mitad de la década de 1930 a Gaspar Aguilar, Cosme Álvarez, Carlos Osuna y Ramón Orozco.

La primera mitad de la década de 1930 fue crucial para Veneranda Bátiz Paredes, ya que enviudó en 1930 y en 1934 renuncia al Colegio Rosales en desacuerdo con la política gubernamental que impulsaba la educación laica, sexual y socialista. Sus principios religiosos no le permitieron avalar esas políticas.

De esa fecha en adelante, Veneranda se concentraría en la atención de su Botica del Refugio, abierta en 1931, y en la crianza de sus hijos. Su botica, a la que hizo prosperar incorporando innovaciones tecnológicas, fue un espacio donde realizaron prácticas profesionales estudiantes de Farmacia. La botica también le dio oportunidad de practicar el

altruismo, al dar gratuitamente medicinas a los pobres, así como crédito muy blando a los que prometían pagar: cero intereses y plazo abierto.

Como ya se ha mencionado, Veneranda Bátiz Paredes inició en el siglo xx la incorporación de las mujeres a las instituciones educativas en Sinaloa, en campos distintos al magisterio. También, con toda justicia, puede considerarse como una de las pioneras del empoderamiento femenino en los terrenos profesionales y empresariales.

A más de cien años de la titulación de esta insigne mujer sinaloense, veamos brevemente los avances de la mujer en el campo educativo en la educación superior: si en los inicios del siglo xx la matrícula femenina en las universidades era insignificante, para el año 2000 se alcanza el equilibrio, mientras que en el año 2017 las mujeres constituyen el 51% de la matrícula estudiantil, así como el 44% de la planta docente, según publican Ana Buquet y colaboradoras en *Resu. Revista de la Educación Superior*. En el caso sinaloense, de acuerdo a Carmen Audelo y colaboradoras, en 2015 la matrícula femenina representaba el 51.5% de la población estudiantil, alcanzando cifras superiores en educación y humanidades, en ciencias de la salud y en ciencias sociales y administrativas. El equilibrio y transformación radical de la composición por género de la matrícula universitaria que hoy impera no habría sido posible sin la contribución de Veneranda Bátiz Paredes, mujer universitaria ejemplar, que allanó el camino del empoderamiento a las mujeres sinaloenses.